

las filas de los intervencionistas si se le hacía mariscal de Francia... «Salvad la cuestión de forma, me decía á la hora de las expansiones, y todo se arreglará fácilmente. Juárez es el representante del país, y por amor propio queremos que sea respetado; Juárez sólo es un nombre; tras él gobernamos nosotros; Doblado y Echeverría están al frente de los negocios, y yo me haré cargo del Ministerio de la Guerra luego que ya no se necesite mi presencia en el Estado de Veracruz... No dude usted que nos entenderemos con las potencias, pero hay que ir poco á poco; dejando obrar al tiempo y observando las formas legales á todo se puede llegar: presidencia perpetua, imperio, monarquía, nada es imposible si me conceden ustedes espacio para conducir los asuntos y se aguardan un poco... Pero ya lo sabe usted, mi mariscalato, eso es condición *sine-qua-non*.»

Figúrese usted qué papel haría de mariscal de Francia un ignorantón que no sabe ni escribir con mediana ortografía, y que ha hecho lo que este ladrón y salvaje hizo con el barón de Humboldt. ¿No lo conoce usted? Se lo referiré, que vale la pena. Pues sabrá usted que el pobre barón tuvo siempre debilidad por México: había vaticinado que el nuevo vástago sería un chico de provecho, y aunque salió un tarambana sin substancia, el barón (cosas de los viejos) siguió anunciando que tenía excelentes prendas y que se corregiría. Santa Anna, ó no

sé cuál de los innumerables presidentes que ustedes han tenido, queriendo quitarse de encima al pobre Uruga, que le hacía sombra, determinó mandarle de ministro á Berlín. Humboldt se encantó con la noticia, y deseando servir de dragomán al nuevo ministro, le escribió ofreciéndole presentarle con el rey y ayudarle como intérprete. Uruga contestó de mala manera, rehusando los auxilios del oficioso viejecillo... Le había confundido con uno de tantos *cicerones* que asedian á los viajeros, pues no sólo no sabía que hubiera un barón de Humboldt de nombradía universal, sino que ignoraba que el tal Humboldt hubiera escrito un libro en que daba á conocer á México...

29 de Enero. Ya están aquí los comisionados que subieron á la capital á poner en manos de Juárez el ultimátum de los tres comisarios. Fueron, por España, el brigadier don Lorenzo Miláns del Bosch, el capitán de marina Tatham por los ingleses y el jefe del estado mayor Thomasset por las tropas imperiales. Tatham y Thomasset no hablan jota de español, así es que el brigadier gachupín pudo despacharse á su gusto.

No sé porqué Miláns hizo aquí amistad estrechísima con un sujeto á quien llaman Jorge de la Serna, y que, según dicen, tiene todo el gancho del mundo para hacerse de simpatías entre los más rehacios. Sabido es que



los costeños creen que el hueso de mico da fortuna en amores y prosperidad en negocios; y aquí sobra quien piense que el tal de la Serna, por industria de su *nana*, tiene inserto en un brazo una esquirola de hueso de mico, con lo cual no hay mujer que le resista, ni asunto que se le malogre, ni gente que no le ayude y favorezca en lo que el afortunado Serna desee. No sé cómo el jacarandoso don Jorge logró acercarse á Miláns del Bosch, que es un nuevo don Quijote por lo enjuto de carnes y aguileño de rostro y por la edad que frisa en los cincuenta años. Prevaliéndose de la patriotería y del jacobinismo del brigadier, el astuto comerciante logró indisponerlo con la idea de la expedición, para que su dictamen fuera favorable á los reformistas mexicanos. Según Serna, de lo que tratan los conservadores es de plantear un sistema de fanatismo y opresión que deje tamañito al de don Felipe II, tomando á los españoles como escalón para llegar á cumplir ese propósito avieso.

Los portadores del ultimátum no fueron obsequiados con oro, incienso y mirra; ni tuvieron el placer de que salieran á recibirles doncellas mexicanas bailando al son de crótalos y salterios; pero sí se presentaron aquí con un cargamento de dulces, tabacos, sillas de montar, calzoneras, sombreros jaranos, frenos, botonaduras y otras curiosidades mexicanas. Wagner, ministro prusiano, les dió un banquete; González Echeverría, un baile; el Gobierno, serenatas y días de campo.

Miláns, que es tan indiscreto y descosido como se verá por la obra, aprovechó la oportunidad para decir de los franceses cuanto tuvo á bien: «Son unos marranos, unos indecentes que no tienen valor, ni habilidad, ni conocimiento del país. Con estas barrancas, con estas serranías, con estas ciudades llenas de puntos defendibles, les sobra á ustedes



D. LORENZO MILÁNS DEL BOSCH

para acabar mil veces con los gabachos. Para ellos, todo lo que no sea la parada, y el uniforme brillante, y el lucir la persona, no es nada; necesitan muchas libras de pan, muchos litros de vino, muchos kilos de carne para vivir, y no tienen de dónde sacarlos; ustedes son frugales porque tienen sangre india y sangre española, y por consecuencia, sangre árabe: con esa sola ventaja les basta para dejarles en los huesos.»

«En cuanto á los conservadores, son unos viejos im-



béciles, unas momias, unos retrasados, que esperan inquisición, rey absoluto, cadenas, procesiones públicas y lo demás que se les ocurra; ya se lo dirán de misas. Luego que hayan echado ustedes á los franceses, no dejen de colgar á los clericales, que al fin para eso tienen tan lindos montes: así vivirán en paz.»

Con estos precedentes, cualquiera se figura los informes que daría el brigadier á su jefe: los liberales son unos santos, y los conservadores unos bellacos. La respuesta que trajeron los comisionados, ya se imagina: ni en México se necesita el auxilio de nadie, ni hace falta dinero, ni hay oposición para pagar lo que reclaman los aliados; podían éstos haberse ahorrado el viaje, pero ya que están aquí, que pasen á México á ver cómo se hece feliz un pueblo por medio de la libertad y la tolerancia; mas que antes embarquen sus tropas y se presenten en Orizaba ú otro punto, con una guardia de dos mil hombres. ¡Qué sarcasmo!

10 de Febrero. El estado sanitario es deplorable, y queriendo los representantes de las potencias obtener mejores acantonamientos para las tropas, dispusieron pedirlos á Juárez. El ministro Doblado contestó que no podía acordar nada si no se le explicaba cuál era el objeto de la expedición, y ofreció, si era menester, ocurrir á conferenciar con los enviados. La reunión estaba dis-

puesta en la Purga; pero Doblado galantemente señaló la Soledad para que los aliados se molestaran menos, y allí será donde se junten todos los ministros.

14 de Febrero. Novedad grata para mí; acaba de llegar Paquita Prim y me ha llevado á su alojamiento; ya se figurará cualquiera la cantidad de festejos que iremos á tener con la llegada de esta *prócera* á su tierra.

Claro que la noticia no agradó al señor Saligny; la consideró indicio indudable de que Prim trata de coronarse rey y procura afianzar los vínculos que le unen á México. La condesa viene con buena salud y excelente humor y está encantada por hallarse en su tierra.

18 de Febrero. Hoy salieron los delegados de la conferencia que debe efectuarse en la Soledad. Los comisarios, el brigadier Miláns del Bosch, el cronista Pérez Calve y los estados mayores, iban á caballo. Doblado y Zaragoza salieron á recibirles en coche y obligaron á subir en él á Prim, que es quien va á tratar.

Prim es bajito de cuerpo, moreno de rostro, lleva toda la barba y tiene movimientos prontos, de hombre nervioso y decidido.

No hay quien no conozca en México sus hazañas guerreras, que tal vez no hayan sido sobrepujadas por ningún general de los tiempos actuales. Dotado de una



inmensa facilidad de palabra, entusiasmo á las tropas y las lleva á donde quiere: su arenga en los Castillejos salvó de la dispersión al ejército español; sus discursos en el Congreso le han dado fama de hombre político de grandes esperanzas. Empezó su carrera como soldado raso y ahora es teniente general, conde y marqués. Se le censuran su excesivo amor propio, su pueril vanidad y su afán de lucir en primera línea; mas esos son los defectos propios de sus cualidades y no hay que echárselos en cara.

Wyke no es tal como nos figuramos á los diplomáticos ingleses; *chaparro*, con voz que nunca sale del diapasón normal, cabello negro, cutis moreno y aspecto insignificante, parece más bien un meridional que un servidor del intachable *Foreign Office*. Es el apoyo de Juárez, que de seguro le enciende un buen cirio cada vez que se acuerda de sus bondades.

El almirante Jurien peca de gordo y no peca de joven; sin embargo se mantiene tan enhiesto, guapo y rozagante que da gloria verle. De plata las barbas que fueron de oro, escaso el cabello, azules los ojos, fina la nariz y desdeñosos los labios, es el hombre más dulce y cortesano que se recuerda. Ama la mesa, la sociedad, la ciencia y el arte; pocos hay que le saquen pie adelante como escritor pulcro y como astrónomo y geodesta entendido; pero menos hay quien le aventaje para referir un lance, aunque sea algo *risqué*; para improvisar un

cumplido ó para decir una felicitación discreta. No se inclina á los temperamentos extremos; pero en estos días, en que tiene como alma condenada á mi maestro Saligny, se ha vuelto belicoso, al extremo que proponía no contestar la comunicación que Juárez mandó con Zamacona.

¡Dios quiera que pronto salgamos de este arenal infecto, en que vivimos peor que el alma de Garibay, pues estamos sumergidos en el puro infierno!

20 de Febrero. Hoy comimos con Prim, que regresó muy satisfecho de su excursión á la Soledad. No quiero poner como de mi cosecha las cosas que habló, que se apartan casi en todo de lo que yo pienso.

«Doblado, nos dijo, es un buen patriota y un hombre de valer. Nadie podría figurarse que estuvieran aprisionados un espíritu fino, una habilidad indudable y un talento clarísimo en un hombre de cara blanca, sin pelo de barba, con nariz borbónica basta y sin expresión, de ojillos verdes y desmayados y de pelo castaño cuidadosamente peinado en bandós; en un hombre que se mueve difícilmente, que habla poco á poco y que no llora, ni ríe, ni se entusiasma, ni se lamenta, ni pide ni ofrece; que lo mismo escucha las mayores infamias que las proposiciones más razonables y que es un blok de hielo desde la cabeza hasta los pies.



»Sin embargo, apenas se cruzan dos palabras con él, ya se comprende que aquellos ojillos verdes le desnudan el alma al interlocutor, que aquella voz pausada puede convertirse en un torrente y que de aquel cuerpo que convendría á un mayordomo de monjas ó á un cura rural repleto de chocolates, pueden salir resoluciones rápidas, astucias impensadas y frases candentes que enciendan ó calmen una disputa, á voluntad del dueño.

»Doblado quería el oro y el moro: que Francia desautorizara los rumores que corrían sobre fundación de un imperio en México, contando con el patrocinio de Napoleón III; que España hiciera pública confesión de que no procura restaurar su dominio en México; que se reconociera formalmente al gobierno de Juárez y que se pusiera la Aduana de Veracruz en manos de los empleados constitucionalistas.

»Con el tira y afloja diplomático conseguí, después de reconocer que el Gobierno mexicano cuenta con los elementos de fuerza y opinión que necesita para sostenerse, y de protestar que las potencias aliadas no tienen por que inmiscuirse en los negocios interiores de este país, conseguí, digo, quedara bien establecido que se celebrarían conferencias diplomáticas en Orizaba; que durante las negociaciones, las fuerzas aliadas ocuparán á Córdoba, Orizaba y Tehuacán; y que si las hostilidades llegan á romperse, se evacuarán esas ciudades y las

tropas pasarán más acá de Paso Ancho y Paso de Ovejas... Anoche se firmaron los preliminares de la Soledad por los comisarios ingleses y franceses, durante



una gran fiesta que dió Jurien, y falta sólo la ratificación de Juárez.

»Era lo único que se podía obtener. ¿Qué íbamos á hacer sin carros, sin acémilas, sin ambulancias, próxima la temporada de las lluvias y sin poder, ni á peso de oro, hacernos con un armatoste cualquiera que transporte nuestras cosas?

»El general Scott, cuando invadió á México, trajo diez mil hombres de tropa, tres mil carros y quince